

ct

Martes 3:00 A.M.
Más al Sur de Carolina del Sur

de
Arturo Sánchez Velasco

(fragmento)

ESCENARIO

I

Bosque de pilares. Cemento teñido de verde en sombras. Se abre al paso del camino: un carril bici que se aleja hacia el foro tomando un leve peralte. Bifurcación al fondo en forma de T. Fondo contra muralla. Música de esa cinta de Wim Mertens que no encuentro pero que suena tan deliciosamente tenebrosa. Tinieblas. Caperucita y el lobo versión sombras chinescas. Acoso entre árboles de sombras. Música in crescendo. Luz. Bulto en medio como un cadáver. Fuga. La serenidad del bosque antes de amanecer.

V

MIA en el carril bici. Plano en mano.

MIA- Me pierdo en los grandes conceptos. Me resulta comprometido decido pero es así. Las ideas se me quedan grandes. Siempre, por defecto, acudo a la anécdota. Evito la reflexión. No quiero decir que no piense. O que no entienda ciertas cosas. Es simplemente que me ahogo. En los grandes conceptos uno no hace pie y corre el peligro de no alcanzar la orilla. O me ahogo o me muero de sed: una de dos. Las grandes ideas son como enormes pantanos embalsados o como los desiertos más resecos. Eso ya depende de la necesidad real de pensar. La eternidad, por ejemplo. Me veo incapaz de llevarme un pedazo de ese infinito para hablar de ello. Las palabras se convierten en un goteo perpetuo. La vida, por ejemplo, se me queda ancha de mangas. Me reseca la garganta. Las palabras se convierten en auténtico barro. La necesidad de hablar de mi propia vida me deja perdida entre las más áridas dunas. Los desiertos son para cruzados. No para quedarse en ellos.

(Sigue el carril bici hacia el foro. Sale)

XX

DON

Sí, lo sé. No soy el mejor conductor del mundo. Lo admito. Yo lo advertí: señor Ministro, yo no soy el mejor conductor del mundo. Yo sólo he conducido coches en una pista de pruebas. Eso sí, tengo excelentes referencias, he trabajado durante diez años haciendo tests de seguridad. Un auténtico crash test dummie. En eso sí que soy bueno, el mejor, uno de los mejores del mundo. Pero se quedan ciertas manías. Pequeños vicios imposibles de corregir.

Aparte de eso, yo soy su hombre.

O lo era. Seguro. Yo podría haber sido un buen chófer del señor Ministro. Y así lo pensó él, sin dudarle, más que nada porque después de cinco atentados no quedaban conductores con suficiente valor para pedir el cargo.

Yo sí. Yo era el hombre perfecto ... Si no hubiese sido por los incidentes. Comprendí que algo no iba bien cuando me costó tanto que una mutua me asegurara. Entonces empecé a sospechar que tres accidentes en una semana no era normal. Y el señor Ministro empezó a no confiar en mí. Pese a mis excelentes referencias. Pese a que necesitaba urgentemente un chófer, prefería conducir él mismo.

Yo no lo entendía. Yo no tenía la culpa. Lo había advertido. Yo sólo he conducido coches en una pista de pruebas. He trabajado durante años estrellando coches contra un muro. Aprendí a conducir estrellando coches contra un muro. Oyendo una y otra vez las mismas instrucciones: Enciende el motor. Ponte el cinturón. Sobre todo ponte el cinturón. Acelera. Y, bajo ningún concepto, pises el freno. Recuerda, no pises el freno.

De modo que no controlo muy bien. Son manías, pero no puedo. Es normal que después de tantos años con un estilo de conducción tan viciado, cualquier coche que coja acabe estrellado contra un muro. Da igual dónde. El primero que vea. Acelero y, sobre todo, no piso el freno. El cinturón sí, eso sí. No soy un burro.

Vive.

Si el señor Ministro lo hubiese llevado puesto, habría sobrevivido.

XXXIII

MIA Y DON empujan una bicicleta hasta alinearla en el carril bici, en dirección hacia el foro. DON se sienta en el sillín. DON le tiende la mano.

DON

Mia.

MIA

¿Sí?

DON

Si esto no sale bien. Si por cualquier razón más o menos imprevisible como un gato un peatón un patinador que se cruce por el carril bici. Un muro en medio del carril bici. Entonces, si por cualquier razón nos separásemos, ¿me esperarías en el río, en la margen derecha del río, sobre el puente?

(MIA se separa de la bici.)

MIA

Nunca te enamores de una tailandesa, si puedes nunca te enamores, pero sobre todo no lo hagas de una tailandesa, de una china o de una japonesa, de ninguna asiática en general, no tiene ningún mérito, es como enamorarse de una modelo, de una actriz famosa, es como enamorarse de Cindy Crawford, de Audrey Hepburn, qué mérito tiene enamorarse de Audrey Hepburn, todo el mundo ha estado enamorado de ella, no es serio, nunca te fies de un tío que se acerca y te dice oye te pareces un huevo a Audrey Hepburn, todo el mundo quiere una Audrey Hepburn particular y no dudan en decir cualquier gilipollez para ligar con una chica cuyos ojos recuerdan vagamente y después de horas de tortuoso maquillaje a los de Audrey Hepburn, así hasta yo puedo serio, tal vez sea eso, nunca me lo has dicho pero tal vez lo que más te atrae de mí son mis ojos, y no porque sean particulares sino porque te recuerdan un huevo a los ojos de esa actriz ... cómo se llama ... Audrey Hepburn. nunca, te lo aconsejo, nunca te enamores de una china ni de la Hepburn, no tiene ningún mérito. Hay que enamorarse de la vecina, de la madre de tu amigo, de la chica del portal que vende ajos, de la bibliotecaria, a ella hay que amarla porque al menos haces algo de provecho mientras la buscas y lees y relees todos los libros, a la compañera de clase más que a nadie, porque seguramente nunca nadie va a quererla como puedes hacerla tú, sin prisas, sin prejuicios, es lo bueno de la rutina, de la clase diaria, que mientras dura parece que nunca va a acabar y te das todo el tiempo del mundo perdiéndote entre sus rasgos que, seguramente, porque si no no tiene ningún mérito, no tienen nada de particular ni tienen por qué parecerse a los de nadie.

*(MIA se acomoda de lado sobre el cuadro de la bici, sin la ayuda de DON.
Empiezan a pedalear. Oscuro.)*